

NOTICIARIO

Revista científica, artística y literaria de EL ANUNCIADOR

TOMO I

MAHÓN 13 NOVIEMBRE 1888

NÚM. 8

SUMARIO

- I. De los Sepultureros, Funerales y Colgadores de Iglesias.—
II. Una página de Renán.—III. Mosaico en la isleta del Hospital.

DE LOS SEPULTUREROS,

FUNERALES Y COLGADORES DE IGLESIAS (a)

Llámanse en latin los sepultureros vespiliones; y Marcial hace mención de Diaulo, por extremo diestro y práctico en el ejercicio de enterrar muertos. Sepultábanse entre los romanos en las ciudades y en las propias casas; mas fuese poco á poco perdiendo esta costumbre. Despues fué vedada por leyes públicas, mandando se enterrasen fuera de la ciudad: solo á tal premática no estaban sujetos los emperadores, ni las vírjenes vestales; porque unos y otras podían ser enterrados en la ciudad. Hízose respecto de que el mal olor no enjendrarse corrupción en el aire, y se siguiesen de ello á los vivos mortíferas enfermedades; ó porque estuviesen los hombres más prontos para defender las ciudades y sus confines, sin sufrir se acercasen tanto los enemigos, que pudiesen violar las memorias y sepulcros de sus antecesores. Así se ponían en los campos junto á los caminos públicos y más frecuentados, para que todos los que pasasen por allí, fuesen incitados á hacer obras dignas y famosas, con la memoria de hombres gloriosos, puestos en aquella parte,

(a) Artículo tomado de las obras del célebre doctor de los siglos XVI y XVII, D. Cristóbal Suarez de Figueroa, de quien nos ocupamos en la pág. 9 del Noticiario. En este artículo se encuentran noticias de verdadero interés.



siendo estos lugares guardados por los antiguos con mucha religión. Las leyes de Solón daban pena no leve á quien hubiese violado ó corrompido las sepulturas de los muertos, que en los primeros tiempos se hallaban puestas sobre los montes, en especial cuando eran de hombres ilustres. De aquí fué despues introducido el uso de las pirámides, y el poner las columnas sobre los sepulcros, como hacian los antiguos. Propone Plinio por no antigua costumbre entre romanos la de quemar los cadáveres, siendo el primero que la observó Lucio Sila; y esto lo hizo, por no pagar la pena del talió, habiendo hecho desenterrrar el cadáver de Cayo Mario, su enemigo: por tanto dudo no sucediese otro día lo mismo al suyo.

Por lo que toca al oficio de enterrador, solo se puede apuntar ser algo vil, respecto de la calidad; mas por extremo caritativo y religioso, cuando se hace con el debido modo y como conviene. Con esta forma piadosa ejercitó Tobias este menester, y muchos hombres y mujeres de la primitiva Iglesia, dando sepultura á los cuerpos de los mártires, como suma caridad y amor.

En cuanto á los funerales y obsequias (hoy exequias), se halla haber sido Numa Pompilio entre los romanos su primer instituidor, elijiendo un pontífice, para que tuviese cuidado de esta observancia. El primer honor que se solía hacer en las obsequias de varones ilustres, era loarlos con una oración funeral, siendo el primero que oró Valerio Publicola en la muerte de Bruto. Lo segundo, hacer los juegos Gladiadores, habiendo sido Marco y Decio, hijos de Junio Bruto, los primeros que los introdujeron en honra de su difunto padre. Lo tercero, un convite suntuosísimo. Lo cuarto, repartir carne entre la plebe. También usaban algunas veces, tras las obsequias, derramar sobre la sepultura varias flores y olores, como hizo el pueblo romano á Escipión: y los que no podían sobrellevar el gasto, hacían que llegada la noche llevasen los vespiliones, ó sepultureros, los cadáveres vestidos de blanco á la sepultura, y el pariente más cercano le cerraba los ojos: despues abrian el aposento, y de-

jaban entrar toda la familia y vecindad, y tres de ellos le llamaban tres veces en alta voz: luego la lavaban con agua caliente, y el heredero barría la casa con ciertas escobas destinadas solo á este uso, poniendo sobre la puerta ramos de ciprés; y, si el muerto era de autoridad, convidaban á los ciudadanos á las obsequias, y las mujeres del muerto se adornaban con vestidos blancos. Platón refiere llevarse en su pátria, en las obsequias, hábitos blancos, sin llanto ni sollozo alguno; y dos coros, uno de quince muchachos, y otro de quince muchachas, asistían alrededor del ataud, hasta que los sacerdotes reciprocamente loaban al difunto, y todo el día cantaban su felicidad. Seguíanse despues los muchachos cantando himnos, y tras ellos las muchachas, acompañadas de algunas viejas. Con todo esto fué muy confusa entre los Gentiles la costumbre de enterrar; porque Servio refiere, conservarse cualquier muerto entre los romanos en su propia casa ocho días, y al último se abrasaba, y el noveno se sepultaban sus cenizas, teniendo de aquí origen los días Novendiales, celebrados antiguamente en honra de los difuntos. El mismo autor testifica iba el pueblo delante en los entierros de Reyes, y nobilísimas personas, con hachas encendidas á honra suya. Por eso dice Virgilio en la muerte de Palante:

Era la vía luciente por las hachas.

Persio cuenta las siguientes cosas en las obsequias,

La trompa, las candelas, y el Cadáver

Puesto en el alto lecho aquí se mira.

Algunos de los antiguos añadían á las trompetas los pífaros y tímpanos á fin de que oyendo tal son sintiesen menos pena los que lloraban los muertos; y así lo dice Alejandro Afrodisio. Cuando se despedían del difunto le saludaban con mucho afecto; por eso Virgilio escribe de Palante aquel verso:

Fata vocant: salve æternum mihi maxime Pallas,

Æternumq; vale.

Cicerón refiere embalsamaban los persas los cadáveres con cera, para que se conservasen más largo tiempo en la sepultura.

Cuenta el mismo, no haber jamás los magos sepultado algún difunto de los suyos, si primero no había sido mordido de las fieras. Los hircanos criaban perros á posta para hacerles tragar las carnes de sus muertos. Los trogloditas ataban la cabeza del cadáver con los piés, y le llevaban así al rededor con risa, y fiesta, y despues le sepultaban sin hacer diferencia de un lugar á otro. Los sabeos arrojaban dentro del estiércol, hasta los cuerpos de los Reyes. Los otophagos (según Celio) echaban los cuerpos de sus difuntos en la mar. Los mesagetas se comían á sus muertos, pareciéndoles más decente sepultura el vientre del hombre que el de los gusanos. Los esendonscitas de Asia acostumbraban cantar en la muerte de padre y madre, y despedazar sus cuerpos con los dientes, comiéndolos mezclados con carne de oveja. Los egipcios luego que se moría uno, le sacaban los sesos por la nariz con un hierro, llenando aquel vacío con olores, despues le cortaban el vientre con una piedra de punta aguda, y sacadas las entrañas, le llenaban de olores molidos, y ungiéndole despues con goma, le envolvían en una sábana, y los parientes hecha una imágen de hombre de madera, metían el cuerpo en ella. Los scitas enterraban con el muerto los que en vida le habían sido más caros. Quien quisiere ver por extenso las estrañas ceremonias de los antiguos, lea á Celio, á Textor, y á Silio Itálico. Basta que el sepultar y hacer exequias á los muertos, fué inventado por Hércules según Textor. Mas la Sagrada Escritura lo contradice, leyéndose muchas obsequias hechas por diversas personas antes que naciese Hércules. Finalmente en los Funerales se consideran el cadaver, las andas, el ataud, la cubierta, las luces, las cofradías, las elecciones, el enterrador, el cerrar los ojos al muerto, llorarle, lavarle, vestirle, ponerle en las andas, llevarle en hombros, cantarle, incensarle, y meterle en la sepultura. Despues volver á casa del difunto, enlutarse, condolerse, celebrar novenarios, trigésimos, y aniversarios, hacer adornar el sepulcro de epitafios, y otras cosas así; de que se puede notar lo más importante en Polidoro Virgilio.

Sucedan en último lugar los que cuelgan, y adornan las Iglesias para fiestas y solemnidades principales, ó los monumentos en la semana Santa según la costumbre de la Iglesia Católica, donde ponen en obra rasos, damascos, y varias colgaduras, junto con cuadros, hiedras, laurel, ciprés, enebro, y otros adornos á este modo, que tienen tanto más de espléndido cuanto están mejor preparados, distintos más ricamente, y con mayor artificio, y novedad de invención.

De algunas cosas tocantes á los funerales trata Celio Calcañino en el tratado *Collectanea vetustates*: Celio Rodiginio, lib. 9 cap. 43, 44 y 45 de sus antiguas lecciones: y en el lib. 11 cap. 59. Pedro Vitorio lib. 3 de sus varias lecciones, cap. 12 y en el 2 cap. 7 y en el 9 cap. 14 y en el 10 cap. 20. También Beroaldo en sus Anotaciones contra Servio. Por el consiguiente Alejandro de Alejandro lib. 12 de sus días Geniales cap. 2 y 7. Y sobre todos, Lelio Giraldo que compuso un libro doctísimo de *Vario sepeliendi ritu*.

UNA PÁGINA DE RENAN

Estos días ha debido publicar la librería Calmann Levy, de París, un tomo en que Ernesto Renan ha coleccionado sus dramas filosóficos.

Al frente del volúmen vá un prefacio, esquisita primicia literaria que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores.

Estas líneas están impregnadas del excepticismo delicado y bondadoso del autor de «La vida de Jesus,» sembradas de paradojas en que se complace el ingenio del maestro.

Hé aquí el

PREFACIO

Este volúmen forma serie en mi pensamiento con mis «Diálogos filosóficos.» La forma del diálogo es en el estado actual del espíritu humano la única que según mi parecer puede convenir á la exposición de las ideas filosóficas. Las verdades de este orden no de-

ben ser ni directamente negadas, ni directamente afirmadas: no podrian ser objeto de demostración. Lo que se puede, es presentarlas en sus fases diversas: mostrar su fuerte fuerza, su flaco, su necesidad, sus equivalencias. Todos los altos problemas de la humanidad están en este caso. ¿Quién ha de querer intentar hoy una exposición regular de la ciencia política? Las grandes cuestiones de moral social conducen á prejuicios, todos discutibles, todos irreductibles unos para otros. La economía política no es más que un eterno diálogo entre dos sistemas, ninguno de los cuales logrará jamás suplantar al otro, ni á convencerle de error absoluto.

Esto obedece á la diferencia fundamental que hay entre creer y saber, entre opinión y certidumbre. No se hacen diálogos sobre geometría; porque la geometría es verdadera de un modo impersonal. Más todo lo que implica un tinte de fé, de adhesión voluntaria, de elección, de antipatía, de simpatía, de ódio y de amor, se amolda bien en una forma de exposición, en la cual cada opinión se encarna en una persona y acciona como un ser viviente.

Estas razones fueron las que un día me llevaron á escoger la forma del diálogo para expresar ciertas sucesiones de ideas. Luego encontré que el diálogo no bastaba, que es necesaria la acción; que el drama libre y sin color local, al modo de Shakespeare, permite dar matices mucho más finos. La historia real, la que ha sucedido, no es la sola interesante: al lado de la historia real hay la historia ideal, la que materialmente no ha acaecido, pero que en su sentido ideal ha pasado mil veces. *Coriolano* y *Julio César* no son pinturas de las costumbres romanas, son estudios de psicología absoluta.

Yo he querido, sin intención escénica naturalmente, hacer algo análogo. La forma dramática es incomparablemente la más hermosa forma literaria. La obra de imaginación no es completa, si el autor no nos muestra los personajes creados por su fantasía concurrendo á una acción, vivientes, parlantes, en movimiento. La filosofía, en el punto de refinamiento á que ha llegado, se acomoda á

maravilla en un modo de exposición en que nada se afirma, en que todo se induce, se funde, se opone, se matiza. No estamos ya para perfeccionar las reglas del silogismo, ni fortificar las pruebas de la existencia de Dios ó de la inmortalidad del alma. El hombre vé perfectamente, á la hora actual, que no sabrá jamás nada de la causa suprema del universo ni el de su propio destino. Y sin embargo, quiere que se le hable de todo ello. Una acción dramática vale más para poner de relieve esas dudas, esos crepúsculos, esas audacias seguidas de retrocesos, esas idas y venidas del pensamiento, que todas las discusiones abstractas. El autor del libro de Job lo comprendió 700 ú 800 años ántes de J. C. La filosofía tendrá igualmente su postrera expresión en un drama, ó mejor en una ópera, pues la música y las ilusiones de la escena lírica servirían admirablemente para continuar el pensamiento, desde el instante en que la palabra no basta para expresarla.

Así se alcanza á concebir en una humanidad aristocrática en que las gentes inteligentes formarían el público, un teatro filosófico que sería uno de los más patentes vehículos de la idea y el agente más eficaz de la alta cultura. Tal teatro no tendría evidentemente nada de común con el teatro actual, sucedáneo del café-concierto, donde el extranjero, el provinciano, el burgués, no buscan más que una manera de pasar alegremente la velada. No sería necesario que desapareciese esta honesta diversión; pero necesitaríase algo más. Para el libro, junto al libro destinado al gabinete de lectura, hay el libro cuyo éxito consiste en ser apreciado por algunos centenares de iniciados.

Mas para el teatro, el equivalente del libro aristocrático no existe. La necesidad de atraer todas las noches mil doscientas ó mil quinientas personas que quieren que se les divierta, crea para el teatro una situación análoga á la que sería de la librería, si no pudiese publicarse un libro que debiese tener menos de diez mil lectores. Una de las artes más expresivas se halla así cerrada á los pensadores. M. Víctor Hugo estuvo siempre, en este concepto, en

una especie de crisis. Sentía la superioridad del drama, su potencia incomparable, y su genio se negaba sufrir las mezquinas exigencias de la escena. Este corsé le molestaba hasta el extremo de que acabó por tirarlo resueltamente. De ahí su *Teatro en libertad*.

Las obras que llenan este volumen han sido también concebidas á mil leguas de toda idea de representación escénica. La fiesta á la cual se ha osado convidar, en estas ficciones á un público selecto, es toda conceptual. Cada uno hará el gasto de las decoraciones y creará los actores á su gusto. El tema es siempre el mismo. Mi querido maestro el barón de Ecástein tenía escrito un drama, cuyo argumento jamás me ha dicho, que empezaba antes de empezar el mundo, con una conversación en el seno de la Trinidad.

A falta de ese diálogo, que sería el más hermoso que oirse pudiera (siendo el mudo resultado de un diálogo eterno entre el Padre y el Hijo) se ha probado de dar fragmentos aquí que el lector podrá continuar, en esas noches de insomnio, á impulsos de su capricho. La impresión de las cosas humanas no es completa, sino se da un sitio á la ironía al lado del llanto, á la piedad al lado de la cólera, á la sonrisa al lado del respeto.

Mosaico en la isleta del Hospital.—En la página 7 del tomo XIII del «Boletín de la Real Academia de la Historia», leemos lo siguiente:

«El Sr. Jeneral Gomez de Arteché, individuo de número, y el excelentísimo Sr. D. Vicente de Riva Palacio, correspondiente en Méjico, notificaron á la Academia el nuevo hallazgo de antigüedades romanas en el hospital militar de Mahón, que ha puesto en descubierta el jeneral D. Hipólito Llorente, Gobernador de Menorca. Este remitió á la Academia dos ejemplares, uno iluminado, del gran mosaico, que representa varias figuras de animales y aves, la mayor parte indígenas del continente africano, y ofrece notables puntos de semejanza con otro recién descubierto en Túnez. Por desgracia ninguna inscripción, hasta el presente, ha venido á fijar con certeza el tiempo de esta bella obra del arte, que debió pertenecer á suntuoso edificio.»

Este mosaico, como todos sabemos, se descubrió el 24 de enero de 1888; siendo muy de lamentar que la desidia de nuestros gobernantes sea una amenaza constante contra la conservación de dicha joya arqueológica.

(REVISTA DE MENORCA.)